La epopeya de la clausura

Antipático ante el Altísimo

Christopher Domínguez Michael

Camilo José Cela

Nunca ha sido muy buena la prensa de Camilo José Cela (1916-2002) en América Latina ni lo fue tampoco entre la intelectualidad española que protagonizó la transición democrática. Por buenas y por malas razones, algunas políticas y otras estéticas, Cela cae mal y en esa antipatía reside parte de su atractivo. Yo mismo he tratado de acercarme a sus novelas y ocurrencias dejando encerrados mis prejuicios en el sótano y he fracasado. Tras leer *Historia de un encargo: "La catira" de Camilo José Cela* (Anagrama, 2008), de Gustavo Guerrero, me temo que desistiré, dejando para otra vida mi curiosidad acerca de qué le vieron a Cela en Estocolmo (le dieron el Premio Nobel en 1989) y cuál es su real importancia, una vez cursada la asignatura dedicada al realismo europeo de la posguerra y disfrutado el expediente que exalta al español como erotómano, con toda su corte carpetovetónica de chipotes de Archidona. Por si fuera poco, más recientemente, en *El cura y los mandarines. Historia no oficial del bosque de los letrados. Cultura y política en España, 1962-1996* (2014), del furibundo Gregorio Morán, se cuenta que, ya viejo y cargado de honores, Cela, entre otras trapacerías y algunos actos de buen editor que beneficiaron ligeramente a los escritores exiliados, trató de repetir el truco a costas del cacique inmobiliario Jesús Gil y Gil, de pésima fama y peor aspecto.

El asunto de *Historia de un encargo* (Premio Anagrama de Ensayo) se resume a la brevedad. En 1953, el joven Cela, ya autor de *La familia de Pascual Duarte* y de *La colmena*, viaja, como mensajero de los ministerios franquistas, a Bogotá, a Quito y a Caracas. Tras dar algunas conferencias, se conecta, hábil y suertudo, con Laureano Vallenilla Lanz, ministro del Interior de la dictadura del coronel Marcos Pérez Jiménez. Hijo del sociólogo positivista del mismo nombre (autor de *Cesarismo democrático*, un clásico del antiliberalismo latinoamericano), Vallenilla era hombre de cierta ilustración y había soñado con contratar, según las malas lenguas, a Hemingway o a Camus, para que escribieran un libro encomiástico de aquella Venezuela monumental. En esas estaba cuando se apareció Cela y aceptó el encargo, decidiéndose a escribir una novela con la que el régimen contrarrestaría el ejemplo liberal de *Doña Bárbara* (1929), la popular novela de Rómulo Gallegos, el presidente derrocado en 1948. Sin escrúpulos, Cela aceptó la encomienda, muy bien pagada con una cantidad todavía desconocida, y prolongó su estancia para conocer el país y documentarse. En 1955 apareció *La catira*, el fruto de una operación política, ideológica y literaria que Guerrero, crítico y filólogo venezolano, describe.

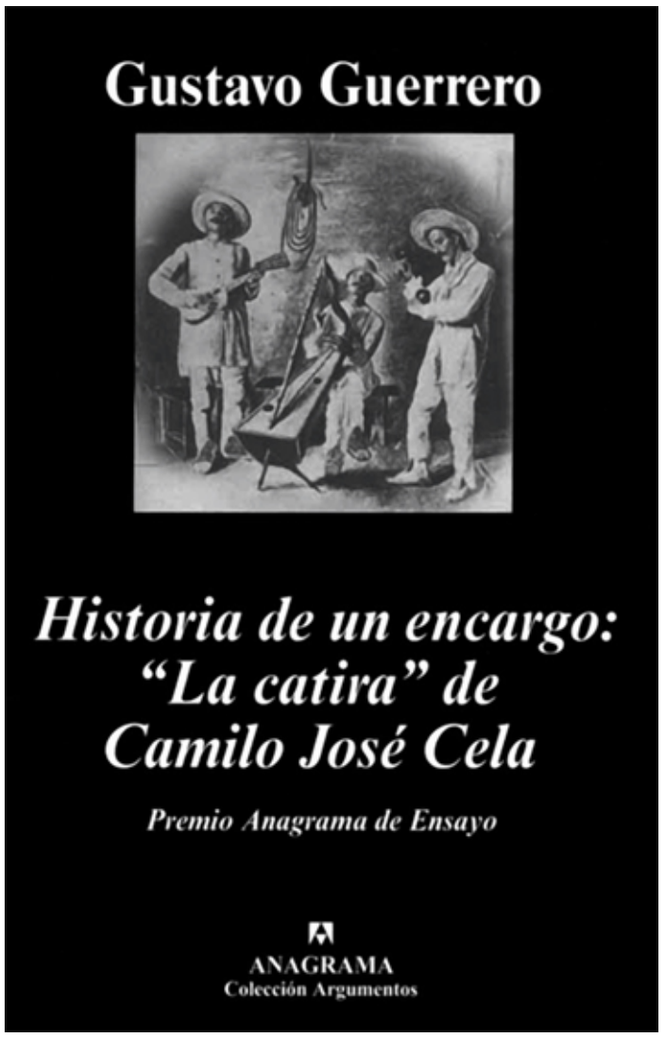
Guerrero, quien ya había publicado, entre otros libros, una estupenda *Teoría de la lírica* (FCE, 1998), revela los antecedentes y las consecuencias de una picardía, que, sin ser desconocida, nunca había sido estudiada en lo que tiene de excepcional y de ejemplar. Tras preguntarse por qué los modernos vemos con buenos ojos el encargo cuando se trata de música o de artes plásticas y lo condenamos al involucrar a la literatura, Guerrero analiza la escritura de una novela confeccionada al gusto de dos clientes, uno directo, la dictadura venezolana y otro, indirecto, pero más trascendental, la Hispanidad nacional-católica con la que Franco arrullaba a sus admiradores, haciendo de la lengua común el mascarón de proa de su diplomacia. Visto desde México (que festejó otra especie de *kitsch* autoritario), el connubio que *La catira* simbolizó es un manjar del exotismo.

Lo que más me interesó del relato crítico de Guerrero es su estudio, histórico y genético, no sólo de las trampas que la oralidad le pone a un escritor empeñado en registrar el habla vernácula, sino de las fuentes que Cela —a quien no se le puede acusar de haberse tomado su encargo a la ligera— consultó para *La catira.* Entre ellas destaca una mistificación que yo desconocía, *El llanero, estudio de sociología venezolana*, obra de un falsario llamado Rafael Bolívar Coronado que en 1918 se la adjudicó a un imaginario escritor decimonónico. Esa invención de una Venezuela primordial, a la gaucha y con caballos salvajes, debería ser el tema de otro libro de Guerrero: la inagotable capacidad fantástica de nuestros nacionalismos.

Cela regresó a Caracas, en 1955, a presentar *La catira*. Venía feliz, con ánimo de apoteosis, chiqueado por el chismerío que lo pintaba rodeado, en El Dorado, de mujeres y de prebendas. Se encontró con la animadversión general. Quienes estaban llamados a exaltarlo encontraron inmoral *La catira*, y su tono subido, sexoso, que era en el que Cela gozaba como heterodoxo, denigratorio de la nacionalidad venezolana. Los críticos coincidieron en que la jerigonza de *La catira*, glosario de voces nacionales incluido, resultaba ajena a la realidad verbal. De nada sirvió que Cela se parapetase con el *Tirano Banderas.* Su libro quedó como el final, un tanto bufo por ocurrir tanto tiempo después del modernismo, del pretendido dominio de la mala literatura española sobre América. Cela se fue para no volver y se quedó con las ganas de escribir una segunda novela venezolana, dedicada a los Andes, patria chica del dictador. En 1956, por fortuna, Cela empezó a hacer *Papeles de Son Armadans*, el correo literario al que debe la parte más respetada de su reputación.

Historia de un encargo, de Gustavo Guerrero, es un libro moral en un doble sentido: desenmascara a un clérigo (diría Benda) incumpliendo groseramente con sus deberes y deja ver, elegantemente, en la antigua dictadura bolivariana de Venezuela, a la actual. No habrá que esperar medio siglo para conocer los encargos que algunos intelectuales han realizado a cuenta del régimen de Hugo Chávez.

Tras colmar las características de un excelente reportaje literario, *Historia de un encargo* destaca por otra cosa, por explicar las razones de un enorme fracaso estético. No es del todo obvio conjeturar que *La catira*, la historia de una mujer de armas tomar, no podía sino salir mal. Es la peor novela de Cela porque expresa una menesterosa obsolescencia de cara al tráfico entre el lenguaje y el tiempo. Mientras Cela le daba respiración artificial a la novela criolla y la ponía al servicio de una ontología nacional, Gustavo Guerrero recuerda, casi piadosamente, que los escritores latinoamericanos se ocupaban en escribir y publicar *Pedro Páramo*, *Los adioses*, *El reino de este mundo*. **u**



© Javier Narváez

Gustavo Guerrero